



MI VECINO HASSAN

TRES APROXIMACIONES AL FENÓMENO DE LA IMIGRACIÓN

Quim Pons i Ribas

1.UNA APROXIMACIÓN DESDE LA VIDA

1. La decisión de emigrar / 2. Solo y lejos de la familia / 3. El fantasma del fracaso / 4. La familia en Marruecos / 5. La reagrupación familiar: por fin, juntos de nuevo! / 6. Las dudas ante el retorno / 7. Vacaciones: viaje de ida y vuelta / 8. La vida continua ...

2.UNA APROXIMACIÓN DESDE LA SOCIEDAD

1. Un cambio de coordenadas en el paisaje urbano... / 2. ...que pide un cambio en nuestro lenguaje en nuestros conceptos / 3. Cuatro lecturas del fenómeno migratorio / 4. Las lógicas de comportamiento social que se derivan / 5. Quiénes son los inmigrantes: hombres y mujeres trabajadores / 6. La lógica del encuentro / 7. El codesarrollo, ¿una salida para los países del sur?

3.UNA APROXIMACIÓN DESDE LA ESPIRITUALIDAD

1. “Salir de casa” para “ponerse en la piel del otro” / 2. Una inesperada experiencia de apertura y desinterés / 3. Trabajando en Mataró: el diálogo interreligioso en la vida.

QUIM PONS, jesuita, es Educador Social y un buen conocedor de los llamados “inmigrantes económicos” en España. Ha trabajado en el Centro de Acogida a Inmigrantes *St. Pau* (Caritas), en Mataró, durante siete años: como voluntario, como educador y como director. Conoce el África subsahariana (estuvo dos años en el ex-Zaire, trabajando con los refugiados de la guerra ruandesa) y ha realizado diversas estancias en el Magreb. Ha conocido también la muy llamativa situación de inmigración que se da en la frontera de México y EE.UU., en Tijuana y en Los Ángeles. Actualmente trabaja en Migra Studium, un espacio de encuentro de culturas y religiones.

Acercarse al fenómeno de la inmigración desde una perspectiva humana i cercana nos puede ayudar a conocer con más profundidad lo que viven las miles de personas que, con angustia i pérdida, dejan su casa para buscar una oportunidad que les permita una vida más digna. Ésta es la esencia de la aportación que Joaquim Pons hace en este cuaderno. Una aportación, por otro lado, que voluntariamente se aleja del tratamiento sensacionalista que demasiaso a menudo se nos transmite de los inmigrantes i los hace protagonistas a partir de sus propias palabras.

Poder presentar este cuaderno es, para mí, un gozo a la vez que una responsabilidad. Un gozo porque recoge una experiencia que ha sido fruto de un esfuerzo colectivo que nació para dar respuesta a una necesidad emergente que, con el tiempo, se ha vuelto estructural. Una responsabilidad porque hace falta que desde Càritas, fieles a nuestra misión, seamos capaces de profundizar en la línea del Centre San Pau y, por lo tanto, priorizar el servicio a los más pobres; el arraigamiento i dinamización de la comunidad cristiana y la presencia en la sociedad atendiendo tanto los aspectos asistenciales y de promoción, como los de animación y compromiso o los de sensibilización y denuncia, que nos atañen.

Como dice el mismo autor en una carta que me dirige para presentarme el libro: “muchas historias, muchos nombres y rostros concretos...”. Intentemos no olvidarlo.

Núria Gispert Feliu

Directora de Càritas Diocesana de Barcelona

A las educadoras,
a los voluntarios y voluntarias,
y a tantas y tantos inmigrantes
que han ido pasando por
el CENTRE SANT PAU de Mataró
durante todos estos años.

... y a Lluís Recolons,
que sabiamente me ha ido
introduciendo
en el mundo de las migraciones.

«¡Hola! ¿Cómo estás chaparrita? espero que bien. No sé ni qué decirte, pero sólo pienso en ti. Tengo miedo, tiemblo y no concilio el sueño. No sé nada. Siento que todo es de colores. Miro al cielo y veo tus ojos, después de un rato reacciono y no quiero despegar los pies de la tierra, quiero pensar que todo es un sueño y quiero despertar. No sé cómo va a acabar todo esto, pero si hay que sacrificar algo, con gusto doy mi sangre, mi cuerpo y mi alma, es tuya».

Este es un fragmento del diario de un emigrante que encontré abandonado en una de las habitaciones del centro de acogida de inmigrantes “La casa del Migrante”, de Tijuana (Baja California, México), en la frontera con los Estados Unidos. Hacía dos días que este joven dejó un papel arrugado con estas emotivas palabras. Al día siguiente, ligero de equipaje, intentaba dar el salto al “sueño americano”. La noche anterior, escribía a su amada y le expresaba sus sentimientos, sus miedos ante un futuro lleno de incertidumbres.

La suerte le habrá sido diversa, según la ruta escogida. Muchos son los que han dejado la vida en el frío de las montañas, el calor del desierto o en las corrientes del Río Bravo... Con estas palabras, nuestro amigo nos muestra la angustia, no pocas veces obsesiva, de lo que supone dejar la tierra, la amada, la mujer o los hijos, a la búsqueda de un futuro mejor.

Hoy estas palabras bien las podría haber escrito un joven marroquí o subsahariano la noche antes de subir a la patera que le llevase a la otra orilla. O aquella mujer africana que, con su hijo en las entrañas, encuentra en su débil condición física el argumento de su vida para buscar un futuro mejor.

América, África, Asia, no importa el continente, el deseo humano es el mismo; se da uno de los fenómenos más antiguos de la humanidad: emigrar. Buscar esas rutas que lleven a vivir la vida con un mínimo de dignidad. Este es el impulso que ha movido, mueve y moverá a tantas personas a “arrancarse” de su tierra, de sus seres amados, a la búsqueda de un mañana mejor.

I. UNA APROXIMACIÓN DESDE LA VIDA

Los fenómenos migratorios nos llevan a hablar de procesos sociales complejos que tienen sus repercusiones políticas, económicas, sociales y culturales. Pero a pesar de la complejidad de estos fenómenos no nos podemos dejar llevar únicamente por los datos cuantitativos, indiscutiblemente necesarios para la comprensión de estos fenómenos, pero por otro lado, demasiado fríos para darnos cuenta del trasfondo humano que envuelve todo proyecto migratorio.

De ahí que en esta primera parte, me centre en cómo se fue gestando la idea de emigrar de un joven de Larache (Marruecos), cómo perdió su *status* de ciudadano para pasar a ser extranjero en tierra extraña. Se trata tan sólo de un apunte, un *flash* que puede ayudarnos a poner un trasfondo personal a esos rostros anónimos que encontramos en nuestras calles, y que tendemos a ocultar bajo un *cliché* estereotipado.

Me propongo, pues, relataros el proyecto migratorio de Hassan por tierras catalanas (1). Lo conocí en Mataró (Barcelona) hace ocho años, en el *Centre Sant Pau*, de Cáritas Diocesana de Barcelona. Hassan entró en contacto con nosotros, como tantos otros inmigrantes, para seguir los diversos cursos que impartimos en nuestro centro.

La decisión de emigrar

Hoy, remontándonos en el tiempo, le pedimos que nos relate cómo se fue gestando en su interior aquella decisión motivada por un “¡basta ya!”. Aquel día en que las puertas de Europa se dibujaron por primera vez en su horizonte. Su vida comenzaba a quedar alterada por el fatalismo de la realidad cotidiana. En su mente, se iba gestando una decisión que marcaría definitivamente su vida personal y familiar: el éxodo hacia Europa.

Hassan se encuentra en España desde el verano de 1990. La gestación de la idea de dejar su país, siguió el mismo camino que el de otros muchos compatriotas suyos: un amigo que trabajaba en España, en uno de sus viajes de vacaciones a Marruecos, le habló de las excelencias de la vida en Europa. Parecía que todo eran facilidades. Los relatos fantásticos se multiplicaban en esos meses de verano. Hassan veía a cientos de jóvenes arriesgar sus ahorros y sus vidas en un viaje en frágiles *pateras* con destino a la costa española. Fue entonces cuando se dijo: ¿Por qué no aventurarme yo también? Pero una vez en suelo europeo, la realidad que iba a encontrar era bien diferente....

Hassan, con 30 años, es el menor de cuatro hermanos. Se casó a los 16 y en el momento en que dejó Marruecos acababa de nacer su tercera hija. Durante años había estado

trabajando en las tierras de su padre. Un trabajo que no daba lo suficiente para una familia que aumentaba y para el inconformismo de un joven inquieto que no se contentaba con quedarse encerrado en los limitados feudos familiares. Su inconformismo le llevó a entrar en contacto con los traficantes de droga marroquíes: “con poco trabajo te hacías de oro”, me comentaba. Pero en la vida de Hassan la influencia de su padre pesaba lo suyo, de tal manera que le convenció de que abandonara aquel camino en el cual se estaba metiendo pues, a la larga, le hubiera llevado a serios problemas. Este cambio de planes le iba a suponer el complicarse un poco la vida. Llegado a este punto, se planteó por primera vez el salto a Europa, ya que en su pueblo no había futuro.

Para miles de jóvenes marroquíes, Europa es un sueño que se presenta cercano en la distancia física, pero los Acuerdos de Schengen (2) lo hacen mucho más distante en su posible realización. La difícil situación económica en la que se encontraba Hassan le llevó a emigrar por primera vez hacia tierras del Este del Magreb. Una larga travesía por Argelia y Túnez hasta llegar a Libia, terminó con poco éxito. Las cosas no fueron bien, de forma que tuvo que replantearse de nuevo el salto a la soñada Europa.

En verano, los pueblos marroquíes quedan alterados con la presencia de miles de paisanos residentes en el extranjero que vuelven de vacaciones a su país. Es un tiempo en que los vecinos del pueblo quedan deslumbrados con los coches e historias que les llegan de Europa: todo parece tan fácil...! En uno de estos veranos, Hassan conectó con un vecino del pueblo que hacía cinco años que se encontraba en España. Le habló de las excelencias de la vida en Europa. Le comentaba que aquí había muchas más oportunidades para encontrar trabajo.

Sólo y lejos de la familia

Con un visado de “turista” entró en España en agosto de 1990. Para tal acreditación necesitó demostrar que disponía de recursos económicos para sustentarse. La familia colaboró en los ahorros necesarios para poder pasar la frontera. Pero una vez al otro lado, como tantos otros inmigrantes que entran por este procedimiento, se olvidó de la “ilusión turística” del país que le acogía, para empezar la penosa ruta de la búsqueda de trabajo, con el que ganarse la vida dignamente. Su primer destino laboral fue Premià de Mar (Barcelona), población en la que se encontraba el “amigo” que le trajo por estas tierras. Pronto empezó a darse cuenta de que las cosas no serían tan fáciles. Lejos quedaba aquel verano y las charlas que tuvo con el “amigo”. La realidad se presentaba mucho más cruda que aquel sueño de una noche de verano. A su llegada, el “amigo” le dejó plantado. Los primeros meses fueron muy difíciles. Vivía en una chabola donde el agua de la lluvia le visitaba a menudo. Sus primeros trabajos fueron de lo más duro: cavar zanjas en las obras públicas, vivir en medio del polvo y el calor sofocante del verano. Nunca había trabajado tan duro, me confesaba. Sin la fuerza y la resistencia de un joven de 20 años no hubiera sido posible aguantar en tales condiciones.

La vendimia, a 50 Km de Barcelona, fue su segundo destino laboral. De ahí partió a Valencia donde trabajó en un circo que le llevó de gira por toda España. Pero la trashumancia no era el ideal para un joven forjado en el sedentarismo de la agricultura. En una estancia del circo en Barcelona, aprovechó la escala para volver de nuevo a Premià de Mar. En su horizonte no entraba el viajar de un lado a otro, pero el posible cambio no podía hacerse a cualquier precio. Así llegó, en junio de 1991, a su trabajo actual, una granja en

Vilassar de Mar (Barcelona). Fijó su lugar de residencia en Mataró, ciudad donde vive actualmente, a unos 12 Km del lugar de trabajo.

Después de la dura experiencia que vivió a su llegada a Premià de Mar, donde no encontró personas de confianza para compartir su proyecto migratorio, prefirió la incomodidad de vivir algo lejos del trabajo, pero compartiendo el mismo proyecto de vida con un grupo de compañeros con los cuales tenía *confianza*. Para Hassan, la *confianza* es una de las palabras clave para afrontar el proyecto migratorio. Cuando estás lejos de la familia –me decía– es muy importante encontrar compañeros con los cuales poder compartir un mismo proyecto. Ello pide un mínimo de confianza para compartir los buenos y malos momentos, el estar dispuesto a ayudarse mutuamente cuando la situación lo pida.

El fantasma del fracaso

Los dos primeros años fueron los más duros. El gran problema era el desconocimiento de la lengua y la dureza de las condiciones de trabajo. En cierto sentido se sentía como si hubiera vuelto a nacer. Al desconocer el idioma no podía expresar aquello que pensaba. Experimentaba la impotencia de no poder comunicarse con la gente. Durante esta época fueron varias las veces que por su cabeza se le pasó la idea del *retorno* a Marruecos. Por primera vez se enfrentaba al fantasma del *fracaso*. Si no lo hizo, fue debido a que se gastó todo el dinero en el viaje de ida. Se trataba, en principio, de un viaje de ida sin vuelta.

Durante el tiempo que vivió en situación *irregular*, fueron tan duras las condiciones de vida, que la amenaza policial que podía entrañar su situación irregular no la vivía con especial agobio. No tenía miedo a ser detenido por la policía y ser expulsado del país. Hassan me confesaba que en el fondo, y en cierto sentido, lo deseaba porque era la manera de volver al país de “forma involuntaria”. El se sentía obligado a permanecer a pesar de las duras condiciones de vida: no podía fracasar ante sus familiares y vecinos del pueblo, había un imperativo que le obligaba a permanecer a pesar de las dificultades y de la propia voluntad. Pero si la vuelta al país se hacía de manera forzada, por una expulsión policial, podía salvar *el honor*, un aspecto que se tiene muy presente en su cultura.

En la sociedad magrebí la cuestión del honor es la base del código moral del individuo, de tal manera que uno se ve siempre a través de los ojos de los otros. La concepción social (grupal) que se tiene de una persona pesa mucho sobre el individuo. La imagen que tienen de ellos mismos depende, en gran medida, de la imagen que dan a los otros. La respetabilidad define a la persona, que necesita de los otros para poder captar su propia identidad. La gente del entorno se convierte en testigos y jueces de lo que hace o deja de hacer el individuo. Cuando alguien, por cuestión de honor deja de existir para los otros, deja de existir para sí mismo.

Dos años estuvo trabajando “*sin papeles*” hasta regularizar su situación. A los dos meses de tener el permiso de trabajo y residencia viajó, por primera vez, a Marruecos, para reencontrarse con su familia. Habían pasado más de dos años: “una eternidad”.

La familia en Marruecos

Fátima, su mujer, provenía de una familia de dieciséis hermanos, de la que sólo sobreviven ocho. La mayoría murieron cuando tenían meses de edad. En casa de sus padres viven cinco hermanos y tres están casados. A los catorce años se casó con Hassan. Como

manda la tradición, fue un acuerdo entre familias. Al casarse pasó a vivir con su marido en la casa de su suegro.

En el mundo islámico la familia es de matriz patrilineal, de manera que el hombre con su apellido da línea de continuidad familiar. La mujer, por el contrario, al casarse abandona su hogar para pasar a formar parte de la familia del marido.

Mientras Hassan se encontraba en España, Fátima y sus hijas vivían en casa de su suegro, que las tomó a su cargo. Pasaron meses, hasta que Hassan pudiera enviar algo de dinero. Mientras, Fátima y sus tres hijas dependían del padre de Hassan. Cuando Hassan podía ahorrar algo de dinero, lo enviaba directamente a su padre. Fátima nunca vio el dinero que enviaba su marido, pero tampoco le faltó nada. Es importante subrayar la incidencia que tienen los movimientos migratorios sobre el tejido familiar tradicional. La estructura familiar actual, se encuentra ante la situación totalmente nueva que supone la crisis del modelo familiar tradicional. La cohesión y seguridad que da el padre a la familia queda totalmente alterada al tener que abandonar el hogar para emigrar a Europa. Su marcha provoca una reestructuración familiar que afecta de manera especial a la madre y a los hijos/as.

Hasta el momento de la reagrupación familiar, Fátima pasó por una larga espera. Durante dos largos años vivió una situación que no era normal, al tener a los suegros ocupando, en cierto sentido, el lugar del marido ausente. Este tiempo de espera suponía un desgaste importante, pues los criterios del marido y el de los suegros eran a menudo diferentes. En este sentido Hassan es una persona abierta y nunca tuvo reparos en dejar ir a su mujer a casa de su familia.

En el caso en que los esposos, al casarse, dispongan de casa propia, al marchar el marido, en muchas ocasiones, la mujer debe ponerse a trabajar. Tanto para la mujer como para los hijos esta nueva situación supone un cambio muy importante en la familia. Con frecuencia la suegra pasa a vivir temporadas en casa de la nuera para protegerla. En los casos en que la mujer es analfabeta, el dinero que envía el marido lo recibe un familiar del marido (padre, hermano..) que en su momento lo hará llegar, a través de la suegra, a la esposa. Como en el caso de Fátima, es muy habitual que la mujer no tenga noticia del dinero que envía su marido.

En los casos en que el matrimonio disponga de hijos adolescentes, el mayor puede pasar a ejercer, en cierto sentido, el papel de padre. Estos cambios en la estructura familiar, con el tiempo se pueden convertir en problemas que se van acumulando en la mujer y los hijos. En estas alteraciones se fundamentan muchos fenómenos psicopatológicos que se dan en los procesos migratorios.

La reagrupación familiar: por fin, juntos de nuevo!

En 1995, cinco años después de su llegada a España, consiguió reagrupar a toda su familia. ¡Por fin, juntos de nuevo! Hassan me confesaba que si hubiera llegado a España soltero, nunca se hubiera casado, y ello, por la dureza que representaba tener la mujer y las hijas lejos.

La llegada de la familia no se improvisó. El proceso de reagrupación familiar es largo y laborioso. Pide toda una larga lista de requisitos: tener los papeles en regla, disponer de un trabajo estable y de un contrato de alquiler de piso con las condiciones de habitabilidad aprobadas por una inspección. Hassan empezó el proceso de reagrupación familiar a los tres años de tener los papeles en regla.

Como hemos visto, se necesita una cierta estabilidad económica para cumplir con todos los requisitos del proceso de reagrupación. Hassan estuvo viviendo solo durante dos años, el tiempo que tardó en llegar su familia. Durante este tiempo no quiso compartir el piso con otros compañeros por miedo a tener problemas con ellos en el momento de la llegada de su familia. Esto supuso mucho dinero, al no poder compartir los gastos de alquiler del piso.

El tiempo que estuvo separado de la familia lo vivió anímicamente desde la tristeza y la soledad. La llegada de su mujer y sus hijas le devolvió la tranquilidad, si bien el coste económico se disparó rápidamente. Cuando estaba solo llamaba por teléfono una vez cada 3-4 meses. Ahora, su mujer llama una vez por semana a Marruecos para tener noticias de la familia.

Las dudas ante el retorno

Hace ya dos años que ha empezado a construirse una casa en su tierra natal, junto a la vivienda de sus padres. Una casa de dos plantas. En esta casa se encuentra reflejado *el sueño del retorno*. Hassan comenta que si uno tiene ganas de trabajar en Marruecos lo puede hacer, la diferencia se encuentra en los sueldos de miseria, pero por otra parte, en España la vida es mucho más cara. Ante el posible retorno a Marruecos, las razones que le llevan a ponerlo en duda no son tanto de orden económico como una cuestión de derechos humanos y de democratización de la sociedad. “Hay mucha injusticia allí, los ricos cada vez lo son más porque sus derechos y obligaciones son distintos a los de la gran mayoría del pueblo”. Cuando vea que haya una mayor igualdad de oportunidades, se planteará volverá a su país. De todas formas no le gusta fijarse plazos, pues dice que hay muchos imponderables que le hacen cambiar de planes en el momento menos pensado.

Por otro lado, está contento de vivir en España porque como extranjero tiene más derechos que en su propio país. “En Marruecos no hay derechos, los pobres quedan siempre los últimos”, “aquí se respeta más a la persona, hay más igualdad”, “pongamos el ejemplo de una fila de personas que esperan su turno, aquí la gente respeta el sitio de cada uno, en Marruecos esto es imposible, el «amiguismo» funciona a diario y a todos los niveles”. Hassan considera que aquí se vive más tranquilo, “nadie se mete contigo”. En Marruecos, quien tiene dinero es el blanco de todas las miradas, motivo de envidias. A la gente que progresa económicamente, si no entra en el juego de las corrupciones o del “amiguismo” no la dejan tranquila. “Allí te piden el dinero o te lo roban”. El ambiente social en Marruecos está muy mal, la gente no quiere trabajar y entonces se aprovechan de los que tienen dinero.

De todas formas, Europa no es el paraíso, me confiesa, el sueldo va muy justo para tirar adelante la familia. Generalmente, en el tema económico, los miembros de la familia extensa se ayudan entre sí. Hassan, al no disponer de otros familiares en Mataró, cuando necesita dinero, pide un crédito al banco. En este sentido no tiene ningún problema, como aval responde con el piso que tiene en propiedad.

Vacaciones: viaje de ida y vuelta

Cuando va de vacaciones a Marruecos se da cuenta que la situación del país no mejora, al contrario. Una de las cosas que más le duelen es que la gente de su mismo pueblo le trate como extranjero. Parece como si su condición de extranjero en España tomara carta de ciudadanía allí donde vaya. La gente del pueblo que no marcha siente envidia de los que

parten y se abren camino en Europa. Por esta razón cuando va de vacaciones a su pueblo lo hace en autobús o en tren, nunca en coche. En verano, el ambiente del pueblo se enrarece con la llegada de muchos vecinos que vienen de Europa. Es un tiempo en que la gente del pueblo aprovecha la ocasión para pedir dinero a “los nuevos ricos”.

La vida continua ...

Con la reagrupación familiar, Fátima llegó a España con sus tres hijas. Hoy, cuatro años después, la familia ha crecido con otras dos pequeñas. Hassan esperaba el hijo que no ha llegado. Es consciente que no puede tener más hijos, pues el sueldo del marido no da para más. El no tener varones lo vive con cierto dolor, pues en la medida en que sus hijas se vayan casando, pasarán a formar parte de las familias de los maridos respectivos.

Hassan es una persona bastante abierta y no quiere imponer nada a sus hijas. El es de la opinión que forzar a las personas no lleva a ninguna parte, “las cosas deben hacerse con gusto”, dice. Respecto a la formación de sus hijas (de 2 a 13 años), Hassan considera que deben aprender las cosas de aquí pero también cuidando aspectos culturales y religiosos de su tierra. De todas formas, es muy consciente de que hay muchos aspectos, como la historia de su país, que los van a perder. Respecto al aprendizaje de la lengua árabe, le sabe mal que sus hijas no quieran aprenderlo, dicen que es difícil y que ya tienen bastante con la escuela. En cuanto a la religión, considera que la formación de las niñas es mucho más libre que la de los niños, que deben de ir a la mezquita a aprender el Corán.

Hassan sigue construyendo su casa en Marruecos, pero la situación social, política y económica del país le despiertan del bello sueño del retorno. Deberá aún esperar, la larga espera de tantos hombres y mujeres que un día dejaron su tierra para vivir del mito del regreso a casa.

II. UNA APROXIMACIÓN DESDE LA SOCIEDAD

En esta segunda aproximación, quiero presentar mis reflexiones sobre las reacciones que se producen en nuestra sociedad por la presencia de tantos hombres y mujeres que, como Hassan, han llegado de lejos buscando un lugar entre nosotros. No pretendo hacer aquí un estudio sociológico del fenómeno de la inmigración. No es este el lugar, ni soy la persona más adecuada para hacerlo. Pero sí que puedo ofrecer una aproximación desde mi experiencia, ordenándola temáticamente.

Me situaré en el contexto de la vida cotidiana de un barrio de la periferia de Mataró (Barcelona) que se creó con los procesos migratorios internos de los años 50-60. hoy, la presencia de población inmigrada extracomunitaria palpita con toda su fuerza. Allí, en la vida cotidiana del barrio, nos vamos jugando cada día la realidad de una sana integración social.

Un cambio de coordenadas en el paisaje urbano...

Si nos paseamos por el barrio, en seguida nos daremos cuenta de que hay una serie de novedades que nos hablan de un cambio: la presencia cotidiana de los inmigrantes en la calle; su aspecto físico: maneras de vestir, color de la piel, peinados, etc.; las diversas manifestaciones culturales: diversidad de lenguas, músicas, comercios, olores, bares, mezquitas, locutorios, antenas parabólicas; la presencia multiétnica en la escuela.

Además de estas presencias que configuran un cambio en el paisaje urbano, aparecen también dos maneras diferentes de leer la realidad: las coordenadas “tiempo” y “espacio” del norte y del sur. Estas coordenadas, en el sur se entienden de manera muy diferente a como nosotros las interpretamos:

— la diferente *noción del tiempo*, que se manifiesta bajo aspectos muy diversos: se vive al día; no hay noción de futuro y por tanto de previsión y de ahorro (“tienen coche y vienen a pedir alimentos!”); la relatividad del tiempo horario (“aquí la vida va con reloj”, “todo va con hora”, dicen); la importancia de la fiesta (calendario festivo) en la memoria colectiva, que ayuda a la cohesión social (celebraciones del *ramadán*, fiesta del cordero, etc... con las repercusiones de ausencias escolares); la propia manera que tienen de saludarse algunos pueblos de Africa Occidental, preguntándose recíprocamente por toda la familia.

— la diferente *noción de espacio*, también manifestada de formas muy diversas: mujeres que se concentran en la plaza; grupitos de hombres cerca de determinados bares; la vida en el comedor de casa, donde no hay lugares privados; la frecuencia de visitas de amigos y familiares a los pisos.

Todas estas cosas son como signos visibles que van configurando el barrio de un modo nuevo. Una novedad que descoloca y sorprende a muchos vecinos. Se vive una situación de cierta perplejidad: por un lado se habla de la necesidad de mano de obra extranjera, y por otro la gente constata su propia precariedad laboral y social, y lo viven confrontados con

maneras de hacer y de ser muy diferentes a las propias. El miedo, que nace del desconocimiento y la propia inseguridad, es la reacción primaria que se da ante este cambio de coordenadas.

...que pide un cambio en nuestro lenguaje y en nuestros conceptos

Hacia una dignificación del vocabulario

Hay que comenzar por las palabras. El lenguaje es una herramienta con la que conformamos nuestro mundo. Según el uso que hagamos de ella, puede alejarnos o acercarnos a las personas. El vocabulario que utilizamos a la hora de hablar de los inmigrantes deja bien clara la postura que tomamos ante ellos. Los calificativos que la Administración y los medios de comunicación usan para referirse al fenómeno migratorio, esconden sutilmente el rechazo al extranjero, al desconocido.

El término “ilegal”, por ejemplo, en la medida en que es transformado de calificativo –personas en situación ilegal– a sustantivo –los ilegales–, pasa de ser una afirmación descriptiva a un juicio totalmente indigno, tratándose de personas. De forma semejante, expresiones como “invasión”, “amenaza”, “ola migratoria”, “presión” demográfica o simplemente hablar del “problema de la inmigración”, crean muros que fomentan el miedo y la desconfianza ante el extranjero, y alimentan los prejuicios.

Hacia un nuevo concepto de “sociedad integrada”

Hoy se habla mucho de la “integración” de los inmigrantes. Mejor sería hablar de la integración de nuestra sociedad, de la cual *ya forman parte* los inmigrantes. Se trata, en cualquier caso, de un proceso por el cual una sociedad evoluciona, se reestructura, integrando los cambios que se producen en su seno, y en su entorno.

Hemos de saber integrar en un proceso evolutivo, de forma natural, estos cambios que se van dando en muchos de nuestros barrios. Al fin y al cabo, las ciudades son entidades vivas, abiertas, que nunca podemos dar por acabadas y clausuradas. El paso del tiempo se encarga de ir fijando los diversos estratos culturales procedentes de movimientos migratorios diversos que van sedimentándose, integrándose, y creando una nueva realidad social. Como en todo proceso de crecimiento, pasamos por momentos de crisis que generan inseguridades y miedos que hay que integrar en el propio proceso evolutivo. De esta manera la crisis se convierte en momento pedagógico en el proceso de crecimiento.

Por tanto, no nos ha de extrañar que los flujos migratorios generen, de entrada, desconcierto tanto entre la población que acoge como entre la recién llegada. En esta etapa es fundamental una política migratoria orientada a velar por la construcción de *una sociedad integrada con fluidez de relaciones interculturales* (3).

La nueva Ley de Extranjería, y especialmente el Programa GRECO (4), hablan de la integración social de los inmigrantes en la nueva sociedad de acogida. Pero la lectura de estos documentos nos muestra un concepto de integración social básicamente orientado para uno solo colectivo: los inmigrantes. En este sentido, debiéramos preguntarnos si los inmigrantes recién llegados se han de integrar en nuestros barrios como si se tratase de un nuevo mobiliario urbano, ubicados en una comunidad de vecinos, una tienda, o la plaza del barrio de tal manera que no nos afecten para nada. Quizás, como máximo, representarían un

toque exótico para la ciudad.

Las calles nos muestran una realidad muy diferente. Estamos hablando de personas, hombres y mujeres, que llegan con todo un bagaje cultural que configura su identidad. Una identidad, y una presencia, que la experiencia nos muestra que no nos deja indiferentes.

La “integración”, tarea de todos

La llegada de estas personas nos interpela, y hasta nos descoloca. Esta experiencia también la viven los recién llegados. La configuración de esta nueva realidad nos conduce a un nuevo modelo de ciudadanía, una nueva realidad social que nos obliga a acercarnos al otro, a cambiar viejos esquemas de funcionamiento que parecían inamovibles. No deberíamos hablar simplemente de la integración social “de unos” en la sociedad “de los otros”. Las dinámicas sociales que genera la inmigración son más complejas que eso. La “integración” es, pues, tarea de y para todos: para los llegados de lejos, y para quienes les recibimos. Por tanto, hablar de construir una *sociedad integrada* es hablar de una tarea corresponsable, de un movimiento que apunta en dos direcciones: la sociedad de acogida y los inmigrantes que a ella llegan. No vale el “que se integren ellos”... es la sociedad en su conjunto la que debe trabajar para estar integrada.

Para ser más precisos, deberíamos ir cambiando nuestra terminología clásica de *integración social de los inmigrantes*, para pasar a una terminología que nos haga ver que debemos trabajar conjuntamente para ir construyendo un modelo de sociedad nuevo, que podríamos llamar *sociedad integrada*. Es un paso que nos lleva a una nueva realidad social, un estadio social más avanzado y, por tanto, más complejo. Un estadio que obliga a ciertas “adaptaciones”, tanto por parte de “unos” como de “los otros”. Y esto, de modo que las relaciones entre unos y otros se vayan haciendo progresivamente más fluidas.

Es cierto que en los primeros estadios del proceso migratorio, quien más esfuerzos de adaptación tendrá que hacer es el propio inmigrante. Tendrá que introducirse en una nueva cultura, iniciar el aprendizaje de una nueva lengua; entrar en los circuitos laborales, a veces totalmente desconocidos para él; tendrá que ir abandonando ciertos hábitos y costumbres sociales, al confrontarse con un marco legal diferente al de su país; acostumbrarse a vivir en una gran ciudad... y todo esto desde la cruda realidad de la soledad, de la convivencia, y no pocas veces con la angustia de no tener los papeles en regla.

Como podemos ver, partimos de una relación asimétrica, que en un principio tendría que pedir diferentes grados de exigencia, de paciencia, de comprensión. Sólo de este modo podremos ir construyendo esta convivencia que tanto deseamos y que, no pocas veces, tantos problemas e incomprensiones genera. En toda esta tarea, las administraciones locales, por su proximidad a los actores sociales, deberían tener un papel fundamental.

Cuatro lecturas del fenómeno migratorio

Con frecuencia se comenta que en el Estado Español aún estamos lejos de los niveles de población extranjera que se encuentran en otros países de la UE. Esta afirmación es cierta, pero solamente cuando hablamos de porcentajes de población total del país. La cosa cambia cuando hablamos de los porcentajes relativos a ciertos barrios o pueblos. En estos casos la proporción aumenta, y es en esos lugares precisamente donde se vive con más tensión la diversidad sociocultural. Recordemos los graves sucesos en El Ejido y en otras poblaciones

como Ca n'Anglada (Terrassa), Premià de Mar (Barcelona)...

Un ejemplo nos puede ayudar a entender lo que acabo de decir. Si miramos la ciudad de Barcelona, el discurso que se pueda generar entorno de la inmigración en un distrito acomodado como el de *Sarrià-St. Gervasi*, con un porcentaje de población extranjera extracomunitaria aproximado del 3,2% (excluyendo la población procedente de los EE.UU., Japón y Suiza), será bien diferente al discurso de un distrito como el de *Ciutat Vella*, con un porcentaje del 24,2% de población extranjera extracomunitaria (sin tener en cuenta, en este caso, la población procedente de EE.UU.).⁽⁵⁾

A la vista de estos números, es fácil entender que el ámbito social en el que nos movemos determina nuestro discurso sobre la inmigración y condiciona nuestros posicionamientos, más de lo que acostumbramos a reconocer. Nuestra manera de interpretar y de valorar la presencia de población inmigrada marca fuertemente, aunque sea de manera inconsciente, nuestras expectativas. De esta manera, con frecuencia estamos poniendo límites a una verdadera integración social.

Una lectura “utilitarista”

Desde una óptica utilitarista, tan en boga en nuestros días, hablamos de la necesidad de mano de obra extranjera. Pero en el fondo se está expresando el deseo que, al caer la tarde, acabado el trabajo, estos hombres y mujeres desapareciesen de nuestros barrios. Podríamos llegar a la figura del *inmigrante-objeto*, a la *cosificación* del fenómeno de la inmigración. El inmigrante es entonces aquella “cosa” que nos sirve para cubrir nuestras necesidades: garantizar las cotizaciones a la seguridad social y así asegurar nuestras futuras pensiones; garantizar el crecimiento de la población para que algunoas de nuestras escuelas de educación infantil no tengan que cerrar; cubrir aquellos puestos de trabajo que nosotros ya no nos dignamos a ocupar; y hasta nutrir las filas de un ejército que los nacionales abandonamos.

Por otro lado, nuestra economía de mercado precisa de una “reserva permanente de mano de obra”. Si no es posible conseguir esta mano de obra mediante contratos temporales, se “echará mano” de la presencia de inmigrantes en situación irregular. Es el utilitarismo llevado a la esfera de las relaciones laborales. Por otro lado, no podemos olvidar que España es uno de los países de la UE donde la economía sumergida tiene un mayor porcentaje respecto al producto interior bruto.

Una lectura “economicista”

Generalmente, en los barrios más acomodados, donde no se vive el fenómeno de la inmigración de manera tan directa, el discurso sobre éste se fundamenta en términos más economicistas, de pobreza. Se configura así un discurso más clasista, diferenciando claramente entre ricos y pobres. Se da una clara distinción entre aquellos que vienen a “producir” estado de bienestar (deportistas, ejecutivos de multinacionales, etc.) y aquellos que vienen a “consumirlo” (trabajadores). Los primeros son contemplados con ojos de admiración; los segundos, con más desconfianza. Los pobres molestan, son inoportunos. Llegados a este punto, querría recordar el análisis que H.B. Entzinger hacía hace ya más de una década, acerca de las políticas de inmigración de la Unión Europea:

«(...) no se ha de concluir automáticamente que los inmigrantes en situación irregular

sean siempre no deseados. Quizás, desde el punto de vista legal no deberían estar presentes, pero, desde el punto de vista económico, puede ser que desarrollen funciones cruciales. Por esta última razón, las autoridades públicas toleran frecuentemente su presencia en el país. Aunque en esta circunstancia es bastante improbable que el país huésped se incline a elaborar una forma, cualquiera que sea, de política de integración a favor de ellos». (6)

Deberíamos preguntarnos si estas palabras no se anticipaban a la situación actual del Estado español. Este diagnóstico puede iluminar la situación que hoy vivimos aquí, en el contexto de la Ley de Extranjería. ¿No estamos viviendo sobre una hipocresía colectiva, ante la que no nos interesa abrir los ojos?

Deberíamos ser más objetivos y tener presentes las cifras publicadas sobre la aportación económica de los trabajadores extranjeros al Estado. Por ejemplo, en el año 1998, la población inmigrante ingresó en las arcas del Estado 335.000 millones de pesetas en concepto de cotizaciones, mientras que el Estado destinó a servicios para esta población unos 148.000 millones de pesetas. Durante el primer semestre del año 2002, casi la mitad (43,58%) de los nuevos afiliados a la Seguridad Social fueron extranjeros no comunitarios. Un balance totalmente positivo para el Estado.(7)

. Por una cuestión de pura y simple justicia, deberíamos reconocer la contribución de los trabajadores inmigrantes como generadores y sustentadores del estado de bienestar en nuestro país.

Una lectura discriminatoria

En los barrios periféricos de las grandes ciudades, en gran medida nacidos por movimientos migratorios más antiguos, el discurso clasista queda más difuminado. Al tratarse de barrios obreros, el estereotipo social a seguir es el del trabajador responsable e integrado en la vida del barrio. En este sentido, hasta hace poco, la población gitana representaba el arquetipo de la “anormalidad” y la “desviación”. Hoy, este arquetipo se proyecta, a grandes rasgos, sobre la figura de los inmigrantes extranjeros extracomunitarios.

En este contexto, la diversidad cultural difícilmente encuentra aceptación. De aquí que no se pueda apelar a esta diversidad como un valor positivo, sobre el cual justificar tratos diferenciados. La presencia del extranjero es contemplada en términos de competencia, de desconfianza. El emigrante es visto como un competidor en el ámbito laboral y de asistencia social. No es raro que, en las últimas elecciones presidenciales francesas, Le Pen encontrase en los barrios trabajadores fuertemente afectados por el desempleo una buena parte del apoyo electoral a sus proclamas xenófobas.

Una lectura “solidaria”

Finalmente, se da una lectura solidaria cuando con el inmigrante construimos un nuevo “nosotros”. Se trata de una dinámica social que nace del encuentro, del conocimiento mutuo entre inmigrantes y sociedad de acogida. Una lectura que nos lleva a caminar juntos para construir una nueva realidad social, una nueva ciudadanía. Lejos queda el paternalismo, pues el inmigrante aquí también tiene su protagonismo.

Esta lectura solidaria debería partir de lo que “somos”, tanto unos como otros, sin renunciar a nuestra propia identidad y cultura. En este proceso, inmigrantes y sociedad

receptora se esfuerzan en un proceso de crecimiento, que apunta a algo nuevo, no sin tensiones ni crisis, que, bien enfocadas, ayudarán a construir un nuevo “nosotros”. Este es el reto, no el problema, que la inmigración nos plantea.

Las lógicas de comportamiento social que se derivan

La lógica nacional-proteccionista

Es muy común en los barrios periféricos, que acogieron los anteriores movimientos migratorios de los años 50-60. La gente de estos barrios tiene muy claro lo que es o ha sido “la normalidad”: “esto ha sido así, toda la vida”. Los nuevos vecinos, *diferentes* en sus manifestaciones culturales, rompen esta normalidad. Esta identificación con la “normalidad” (“porque siempre se ha hecho así”), *convierte la diferencia en anomalía*.

Por tanto, la posible diversidad debe ser regulada desde la uniformidad. “Son ellos los que deben integrarse” – coincidirán. Este modelo de uniformidad nos lleva a identificarnos con el concepto de nación “de toda la vida” (donde “todos somos iguales”). De aquí que la diferencia pueda ser vivida como una anomalía a erradicar. Muchos vecinos perciben las minorías como un peligro, una amenaza latente, que intentará imponerse en el momento en que la situación le sea favorable. De este modo, la diversidad de culturas es vivida como una peligrosa fuente de conflictos.

Esta lógica *nacional-proteccionista* (8) es propia de barrios donde muchos de los autóctonos viven en situaciones de precariedad, de dependencia de los servicios sociales, que ahora hay que compartir con unos foráneos. Se trata de exigir la propia protección, y se genera una crisis de identidad que excluye a los inmigrantes y, por tanto, reduce el campo del discurso solidario. No podemos olvidar que en muchos de estos barrios se da una fuerte falta de identidad, motivada por la existencia de muchas familias desestructuradas, jóvenes en riesgo social, maltrato familiar, precariedad laboral, etc. De esta manera, este discurso nacionalista va arraigando en la gente más sencilla, que padece más necesidades.

Por otro lado, un contexto social como el nuestro, marcado por dinámicas de fuerte individualismo, no ayuda a salir de estos círculos desintegradores. Se ha roto el tejido asociativo y reivindicativo que existió en otros tiempos, y que reforzaba la identidad colectiva. Esta realidad topa con los nuevos colectivos de inmigrantes, que precisamente presentan con frecuencia una fuerte identidad colectiva.

Para poder avanzar por el camino de la diversidad, son necesarias grandes dosis de autoconocimiento: debíamos abordar el acercamiento al otro desde lo que nosotros somos, sintiéndonos *arraigados en nuestra propia historia y cultura*. Sólo así el encuentro será enriquecedor. Si nuestra identidad se encuentra en crisis, el encuentro con el otro generará miedo y desconfianza. No podemos olvidar, sin embargo, que este proceso de arraigo identitario podría desviarse con elementos de auto-afirmación y narcisismo que conducirían a ciertas manifestaciones de xenofobia.

El camino para crear plataformas de contacto y conocimiento mutuo, pasa por la necesidad de rehacer el tejido asociativo de forma conjunta, autóctonos e inmigrantes. Si bien las asociaciones de inmigrantes tienen un papel muy importante en el proceso de integración social, tendríamos que evitar el peligro de que los inmigrantes se cerrasen en sus asociaciones mientras que la población autóctona hiciera lo mismo en las suyas. Unas y otras debieran colaborar de forma más estrecha. Más aún, sería muy positivo que, paulatinamente,

sean cada vez más los inmigrantes que participen en las asociaciones de vecinos, independientemente de su participación en las asociaciones de sus propios colectivos. El barrio es una realidad que debe ser construida por todos los vecinos, autóctonos e inmigrados. El marco ideal debería ser el de las asociaciones de vecinos. Sólo así evitaremos polarizar el barrio entre unos y otros.

La lógica paternalista

Como reacción a la lógica nacional-proteccionista que acabamos de describir, se pueden dar planteamientos que apunten a un universalismo simplista, ingenuo, que pretende proteger el principio de igualdad entre las personas: “todos somos hijos de Dios”. Según cómo se plantee este principio, puede escamotear el conflicto y el cambio, y ser así la mejor manera de dejar a cada uno en su identidad intacta e intocable. Eso sí, bajo la invocación de los Derechos Humanos, o de la propia religión. En este sentido, algunos planteamientos políticos o religiosos caen en un cosmopolitismo simplista, asumiendo de forma ingenua las posturas anti-racistas. De este modo, se cae en el peligro de una ineficacia y un descrédito tales que, por poco realistas, los resultados que se obtienen pueden llegar a ser contrarios a los deseados.

Entre los que trabajan con personas inmigradas de otras culturas, se pueden dar afirmaciones como la de que “soy ciudadano del mundo”, con la intención de distanciarse de planteamientos xenófobos y racistas. Pero nos deberíamos preguntar si la renuncia a la propia identidad, cultura, nacionalidad, es la postura que mejor puede mostrar nuestra solidaridad hacia los inmigrantes. De entrada, formulaciones de este tipo me provocan una total desconfianza. ¿Acaso la llamada al amor al prójimo ha de suponer la negación de toda autoestima? Cualquier extranjero objeto de solidaridades de este tipo debiera dudar de si éste es su mejor interlocutor y protector: *quien se desprecia a sí mismo, no es el valedor ideal del otro*. ¿Cómo podrá encajar, por ejemplo, el orgullo del otro por su propia identidad?

Nos hallamos en la dinámica de una *lógica paternalista* que tiende a incluir al inmigrante en el campo de la *marginación*. El inmigrante pasa a ser objeto de protección y ayuda, aun cuando él no la solicite. No es considerado como un ciudadano capaz de derechos y deberes, y de organizarse la vida. Con toda la buena voluntad, se le condena a ser usuario de los servicios sociales.

En conclusión: tanto la lógica *nacional-proteccionista* como la lógica *paternalista*, resultan inconvenientes para la construcción de una nueva ciudadanía, de una sociedad bien integrada

Quiénes son los inmigrantes: hombres y mujeres trabajadores

Llegados a este punto, convendría hablar de quiénes son los inmigrantes económicos que llegan a nuestra tierra. Con frecuencia, se incluye la inmigración en foros sobre el “cuarto mundo”. Pero este es un contexto erróneo. Es importante situar la figura del inmigrante económico en su lugar. Solamente así les trataremos correctamente. Estos hombres y mujeres que nos llegan constituyen la nueva clase trabajadora, que sustituye en muchos sectores productivos a la clase obrera llegada a las grandes ciudades industriales en los procesos migratorios interiores de los años 50-60. Por tanto, de entrada, jamás

deberíamos situarlos en el ámbito del cuarto mundo, de la marginación social.

Para explicar la realidad de los inmigrantes, me gusta compararlos con la figura de un pequeño empresario. Salvando las distancias sociales, se da un proceso paralelo. Me explico. Un pequeño empresario, ante el reto de las nuevas tecnologías, llega a un punto en que se ha de plantear la disyuntiva de ponerse al día o cerrar el negocio. Esta decisión le supone un riesgo económico: endeudarse, hipotecarse para afrontar la transformación de la empresa. Es el convencimiento de que podrá salir adelante lo que le lleva a dar este paso. Tiene un proyecto ante él y la ilusión de llevarlo a cabo.

De forma semejante, un hombre o una mujer mira su entorno personal, familiar, local o nacional, y formula en su interior un “¡ya basta!”: la necesidad de comenzar un nuevo camino. La empresa es tirar adelante su proyecto personal o de familia. Tiene en su horizonte una meta que alcanzar: el salto a un mundo donde pueda llevar a término aquellas ilusiones truncadas por una situación rota. Como el pequeño empresario, se hipoteca, o mejor dicho, endeuda a toda su familia con el fin de pagar el viaje que le llevará al “paraíso” donde realizar sus sueños. La gran diferencia es que en este proyecto muchas veces no se juega solamente su capital, sino también la vida.

Con esta comparación podemos darnos cuenta de que las personas que nos llegan son hombres y mujeres que han tenido que luchar mucho, y que llegan con una ilusión y un proyecto a realizar. Viven de una esperanza que creen poder cumplir. Los que nos llegan son las personas más fuertes tanto física como psicológicamente. Esta realidad no tiene nada que ver con los rostros rotos por la exclusión social del “cuarto mundo” de las grandes urbes.

Llegados a este punto, deberíamos llamar la atención a algunas ONG’s porque, con frecuencia, se acentúa el discurso de reivindicación de los derechos de los inmigrantes. Y ciertamente hay que hacerlo por un imperativo de justicia. Pero en la medida en que los inmigrantes se van integrando en la sociedad (papeles, trabajo estable, piso propio, seguridad social...) deberemos ir acentuando el discurso de sus obligaciones. Aunque es cierto que hasta que no se llegue al *derecho de voto*, los inmigrantes no pasarán a ser plenamente ciudadanos. Sólo así los trataremos como a verdaderos conciudadanos: sujetos de derechos y deberes.

La lógica del encuentro

Hay que buscar otros caminos para construir esta sociedad cada vez más integrada en su pluralidad. Hemos visto cómo la lógica nacional proteccionista nace del miedo, del desconocimiento de la realidad del otro, situándose a la defensiva. La lógica paternalista partía de un falso proteccionismo, que a la larga podía provocar actitudes de rechazo.

Demos un paso más en la búsqueda de aquella lógica de comportamiento social que nos ayude a ir construyendo esta nueva sociedad plural, donde los actores sociales tengan capacidad de construir puentes, plataformas de encuentro que lleven a un mejor conocimiento mutuo y, por tanto, a avanzar en la co-participación.

Empatía y acogida “simpática”

La lógica del encuentro arraiga en una actitud fundamental: *la empatía*. La capacidad de “ponernos en la piel del otro” (9) Esta actitud supone calor y afecto en la acogida (simpatía),

como primera etapa fundamental y necesaria pero que, a su tiempo, ha de ser superada. Si nos quedamos en esta etapa de las “relaciones simpáticas” existe el peligro de caer en el paternalismo. No olvidemos que actuar por pura simpatía nos puede llevar, en un futuro, a posibles actitudes racistas...

¡Ay del día en que un inmigrante “plante cara” a una persona que con la mayor de las simpatías y buena voluntad se dedica a repartir ropa o alimentos! No pocas veces he oído comentarios del estilo: “encima de que les damos ropa y comida, nos vienen con exigencias!”.

Las relaciones cimentadas en las acciones puramente caritativas, quedan forzosamente limitadas a niveles de comunicación muy superficiales y poco igualitarias. De aquí que se produzcan estas reacciones de sorpresa. No olvidemos nunca que la dignidad de los seres humanos es siempre la misma para todos, y es inviolable. De aquí que las relaciones humanas deberían fundarse en principios mucho más profundos. Esto exige un paso más, nada fácil: escucharnos y comprendernos los unos a los otros, más allá de aquellas acciones asistenciales concretas que, por otro lado, también son necesarias.

Cuando salimos a la calle, nos damos cuenta de lo mucho que cuesta sintonizar con los que actúan desde modelos culturales y religiosos diferentes a los nuestros: ¿cómo entendemos las diversas manifestaciones socioculturales? ¿Cómo me siento yo? ¿Y cómo se siente él? No basta con que creamos que los hemos entendido, *es necesario mostrarles que les hemos comprendido*. Aquí reside la clave para que nuestras relaciones humanas acaben de ser satisfactorias. *Sin una verdadera comprensión no se da una verdadera comunicación*, pero comprender significa una actitud previa fundamental: *sabernos escuchar*.

Escuchar y comprender

¡Qué difícil arte, éste, en nuestro país! Y esto tiene sus consecuencias en nuestras relaciones cotidianas. Con frecuencia creemos que comunicarnos consiste en hablar y hablar hasta imponernos al otro. Pero la realidad nos muestra que lo más decisivo del diálogo es la capacidad *de escucharnos comprensivamente, intentando ponernos en el lugar del otro*. ¡Todo un reto, todo un camino de aprendizaje!

Un aprendizaje, por cierto, tan antiguo como la humanidad: Ptah-Hotep, visir del faraón Isefi (hacia el 2.540 a.C.) daba a su hijo, que tenía que sucederle, el siguiente consejo: “Si se te plantea una cuestión, sé paciente y escucha las palabras de quien te la plantea. No le despidas antes de que haya dicho todo lo que llevaba dentro, o antes de que te diga por qué ha venido. No es necesario que se cumplan todas sus peticiones, pero la buena costumbre de escuchar a los demás calma los ánimos”. Y San Ignacio de Loyola, en 1.546, escribió unas orientaciones para los tres jesuitas que iban a asistir al Concilio de Trento. La tercera regla decía así: “Seré lento a hablar, mientras intento aprender en la escucha; tranquilo para meditar y conocer las ideas, sentimientos y voluntad de aquellos que hablan, para mejor responder o mejor callar”. También hay un refrán árabe que dice: “Dios dio a los hombres dos orejas, pero sólo una lengua, para que pueda escuchar el doble de lo que habla”.

La experiencia nos muestra que no basta con oírnos, es necesario *escucharnos*. Será necesario, por tanto, un conjunto de actitudes que nos lleven a tomarnos en serio al otro. Esto supondrá el esfuerzo de comprenderle, aunque éste se exprese mal. ¡No nos abalancemos sobre el otro con la historia que nos quema en la punta de la lengua!

Compartimos más de lo que creemos

Un ejemplo puede ayudarnos a entender lo que acabo de decir: muchos barrios de la periferia de las grandes ciudades españolas se han ido creando con los procesos migratorios internos de los años 1950-60. son estos barrios o el casco antiguo de las ciudades los que hoy reciben nuevos inmigrantes. A las condiciones de precariedad socioeconómica que ya se dan en algunos de estos barrios, ahora se añade la llegada de nuevos vecinos, sin documentación en regla, sin trabajo, con problemas de vivienda, de lengua, de comunicación....

Hemos visto cómo con frecuencia se da una reacción de rechazo por parte de los vecinos que les han de acoger. Aquellos que hace treinta o cuarenta años lucharon por la mejora del barrio, con gran precariedad de medios, con manifestaciones en la calle para exigir los mínimos servicios (dispensario, guarderías, iluminación pública, saneamiento público, etc.), hoy ven como, con la llegada de los nuevos vecinos, la administración ha creado programas de intervención social específicos. Esto es sentido como un agravio comparativo, de tal modo que ven con miedo la llegada de nuevos vecinos, que entran en competencia directa al beneficiarse de los servicios sociales públicos. De aquí provienen muchas veces las tensiones y desencuentros.

Como profesionales de los servicios sociales, como voluntarios, o como vecinos, deberíamos ir aplicando esta sensibilidad empática, para irnos poniendo “en la piel del otro”. Deberíamos hacer el esfuerzo de comprender los argumentos de ambas partes para ir aproximando posiciones, ya que, aunque pueda parecer extraño, ambas partes tienen muchas más cosas en común de lo que se imaginan, aunque la lengua y ciertos aspectos culturales dificulten este encuentro. En el caso de unos, muchas fueron sus luchas en tiempos difíciles de nuestra historia, pero en el caso de los otros, muchos son los dramas que han tenido que pasar para llegar a donde están: dejar la tierra, la familia, un largo y penoso viaje... para abrirse paso (como lo hicieron los otros vecinos, hace ahora 40 años) en una sociedad tan diferente de la suya. Ciertamente, esto pedirá tiempo y paciencia mutuas.

Dificultades del camino

Es cierto que el encuentro con quien se nos presenta como “diferente” en sus maneras de ser y actuar exige un cierto grado de madurez personal. Como hemos visto antes, hay que superar el deseo más o menos oculto de que “todo el mundo sea como yo”. Es necesaria esa sabiduría de permanecer en el difícil equilibrio entre la admiración-sorpresa y el escándalo-rechazo. No hay que dejarse llevar por nuestras reacciones primarias, sino por aquellos valores más profundos que nos dignifican como personas.

Ya hemos visto cómo en las relaciones entre autóctonos y recién llegados no son siempre todo lo fluidas que debieran. En este camino se da como una ralentización de la generosidad, de la libertad, de la confianza en la relación con los demás, especialmente entre los vecinos. La constante búsqueda de la propia identidad, para quien no ha integrado su propia condición, se convierte en una mayor atención a su propia persona, a sus propios problemas, que a veces debilita al voluntad de ponerse a disposición del otro, dificultando así el encuentro.

Acoger al otro en esta lógica del encuentro no significa convertirse en personas, o

colectivos, sin criterio propio, sino en personas (colectivos) con un criterio *abierto*, que posibilite el acceso de quien se presenta como diferente. La aceptación incondicional en el encuentro interpersonal es una disposición interior que se traduce en la renuncia a imponer nuestro criterio de entrada. Quien acoge incondicionalmente se dice a sí mismo: “aunque no comprenda lo que piensas, lo que sientes, lo que vives, te acojo igualmente”. En el fondo, es el reflejo de una humildad, de una renuncia al deseo impulsivo de marcar pautas, de dar respuestas o de proponer soluciones incluso en aquellos ámbitos que desconocemos.

Necesidad de un compromiso moral

Seguramente, la crítica fácil que se pueda hacer a esta “lógica del encuentro” sea su ingenuidad: un conjunto de buenas disposiciones de orden moral, pero en realidad muy ingenuas. ¡Seguramente, muchos contemporáneos de Mahatma Gandhi pensaron lo mismo de él!

Lo que deseo afirmar con todo esto es la irrenunciable y profunda relación que debería haber entre la política migratoria de un país y una moral o ética social que tenga en cuenta la dignidad de todo ser humano. Como dice J.B. Metz, sin esta “implicación moral”, la política no será otra cosa que lo que en gran medida parece ser lo que ya dicta la globalización: «un rehén de la economía y de la técnica y de sus llamados ‘imponderables’» (10).

Dado el panorama social y político en el que nos encontramos, creo que nos falta cierta dosis de “ingenuidad” para ir transformando nuestra sociedad. Necesitamos nuevos caminos, nuevas vías, dejando de lado políticas pactistas que, bajo excusa de prudencias acomodaticias, en el fondo lo que pretenden es dar largas a la difícil situación que viven muchos de nuestros conciudadanos y conciudadanas... ¡aunque su título de ciudadanía venga avalado solamente por un simple certificado de empadronamiento! Optar por esta vía no es fácil: exige hombres y mujeres osados, tanto por un lado como por el otro.

El codesarrollo, ¿una salida para los países del sur?

Todavía quisiera añadir una última reflexión, aunque pueda parecer provocadora. No nos engañemos: por muchos muros que pongamos, el intento de impermeabilizar nuestras fronteras no impedirá la presencia de inmigración clandestina. Cuanto más queramos esconder el paraíso con muros, visados, leyes de extranjería, etc. mayor será su poder de atracción. Un exdirector de Política Interior afirmaba que la inmigración ilegal no se podría detener con muros, y que la única salida era apostar seriamente por el desarrollo de Africa. (11)

En esta misma línea, el *Programa GRECO* nos habla con muy buenas palabras del codesarrollo de los países del sur, como una vía para evitar el aumento de los flujos migratorios. (12) Pero llegados a este punto, deberíamos preguntarnos hasta dónde estamos dispuestos a apostar por esta línea.

Me explico. La realidad nos muestra que, en la medida en que estos países van tomando un cierto protagonismo, éste nos incomoda, nos molesta. ¿Por qué? ¿Quizás porque puede afectar directamente a nuestro nivel de vida? Pensemos en Marruecos y la pesca: Marruecos ya no se contenta con recibir unas primas, ahora quiere producir y comercializar la pesca de sus costas, y vendernos el producto ya manufacturado. Pensemos también en sus naranjas, de primera calidad, que han de circular por las carreteras de nuestro país, hacia el mercado

centroeuropeo. Pensemos en las avellanas turcas.

No olvidemos la tendencia a la liberalización del comercio internacional, que conlleva la eliminación de la protección arancelaria. Esto supondrá la eliminación de barreras proteccionistas en el comercio de productos como el plátano, el arroz, el azúcar, etc., procedentes de países del sur.

Entramos en un dilema: si no participamos en el codesarrollo, los flujos migratorios no se detienen. Si aumenta la capacidad productiva de estos países, entran en competencia con nosotros. ¿Qué decidiremos hacer? ¿Borrarlos del mapa?

No es fácil encontrar una solución. Por una parte, hay que tener en cuenta la difícil situación del sector de la agricultura y la pesca en nuestro país; pero por otra parte no deberíamos dejar de encaminarnos hacia una sociedad que se impusiera el compromiso de perder algo para llegar a ganar más en beneficio de todos. Todo un reto, pero posible.

Los años 70 eran tiempos de ideales, de sueños... Jaume Sisa nos cantaba uno de ellos:

«¡Oh benvinguts, passeu, passeu!
de les tristors en farem fum.
A casa meva és casa vostra,
si és que hi ha cases d'algú».

Como dice Miquel Essomba, responsable pedagógico de *SOS Racisme*, esperamos aquél día en que ya no tengamos que hablar de “recién llegados” y “recién llegadas”, sino que todos seamos *bienvenidos, bienvenidas!!*

III. UNA APROXIMACIÓN DESDE LA ESPIRITUALIDAD

Acabamos de hablar de las dinámicas y conflictos que se generan en nuestra sociedad con la llegada de trabajadores extranjeros, y cómo esto supone un reto para nuestra sociedad. También en lo personal supone un reto. Y en lo espiritual. Un reto que es invitación a un proceso de purificación y de crecimiento. Un “diálogo interreligioso” que se produce –puede producirse– en el corazón de toda persona de buena voluntad. Esta ha sido mi experiencia. (13)

Las líneas que siguen se inspiran en el testimonio de Paul, Christian, François (14) y Bernard, compañeros jesuitas que viven en Constantine (Argelia). El tiempo vivido en su compañía me marcó profundamente. Ocho años han pasado desde entonces: tiempo para ir interiorizando lo vivido y ponerlo en práctica, aun con mis limitaciones, con la población musulmana de nuestra tierra. Fue una auténtica escuela de humanidad, de adentrarme en los mil rostros de la acogida gratuita, desinteresada, con lo que esto comporta de humildad, de fraternidad, de inserción, de “con-vivencia”, de acompañamiento, de escucha, de silencio, de respeto, de dudas, de confianza, de agradecimiento, de diálogo... de amistad.

Muchas de las palabras que siguen han sido “tomadas en préstamo” de su experiencia: un camino de humanidad, de espiritualidad, que he ido haciendo mío con el paso de estos años de estancia y trabajo en Mataró. Con el corazón profundamente agradecido, a través de estas páginas deseo compartirlo con vosotros.

“Salir de casa” para “ponerse en la piel del otro”

«... ir solo, ...tener a sólo Dios por refugio», estas palabras que describen el itinerario espiritual de Ignacio de Loyola, (15) cuando se hacen propias a través de la propia vida, se convierten en una experiencia espiritual difícil de comunicar: dejar toda nuestra confianza, afecto y esperanza en manos de Dios. De otro modo, a través de multitud de conversaciones, yo presentía que algo así vivían algunos inmigrantes en el Centro de Acogida para Africanos *Sant Pau*, en Mataró. La invocación de *Allah* y la experiencia de la soledad eran constantes que se daban en esos jóvenes que se habían adentrado en la aventura de la emigración.

Constantine fue la respuesta a esa interpelación. Un mes de trabajo en la “Biblioteca Dilou”, viviendo en una comunidad de jesuitas, en el mismo centro de la *medina* de esa ciudad del interior de Argelia. A lo largo de esa peregrinación interior, fui descubriendo cómo iba progresivamente des-habitándome de mis miedos, de mis afectos, de mis inseguridades... para ir dando espacio a Otro que me ocupaba discreta y amorosamente, para ir llevándome por un camino totalmente insospechado, un camino que no se habría hecho

realidad si todo hubiera dependido de mis propias lógicas y cálculos.

El recuerdo de mi estancia en Argelia, hace ocho años, quiere mostrar que en la medida en que nos vamos desarraigando de nuestras seguridades e instalaciones –dejando casa, amigos, compañeros– para orientarnos hacia lo desconocido, dejamos que nuestra vida sea habitada por la presencia de Aquél que es todo Amor. Un Amor tal que nos lleva a salir de nosotros mismos, para ponernos al servicio de los otros.

Eran diversas las razones de fondo que me movieron a tomar aquella decisión: necesitaba perfeccionar y practicar mi pobre francés. La lógica me hubiera conducido a una academia de Barcelona o, en el mejor de los casos, de París. Pero había otra razón para “dar el salto”: el deseo de vivir un tiempo en un país del Magreb. Conocer más de cerca la realidad socio-económica de algunos de los jóvenes inmigrantes con los que trabajaba en Mataró. Desde el comienzo, deseaba sentirme como un extranjero en tierra extraña: sentir la dificultad del idioma, del clima, de la comida, la desorientación por los estrechos callejones de la *medina*, las miradas de la gente que te hacen “diferente”...

Salvando las distancias, me acerqué a lo que podrían sentir los jóvenes magrebíes que pasaban por el Centro de Acogida. Sabía que iba a un país de cultura muy diferente a la mía, con un desconocimiento total del árabe, y sólo armado de mi tan limitado francés. Pero tampoco era tan ingenuo como para pensar que mi experiencia allí sería equiparable a la de los inmigrantes. Yo contaba de entrada con una comunidad de compañeros jesuitas que me esperaban con un plato en la mesa y un lugar para dormir. Esto es algo que no tienen la mayoría de inmigrantes que llegan a nuestra tierra.

Pero, a pesar de estas diferencias, en mi interior había el deseo de acercarme, aunque fuera tímidamente, a la experiencia de sentirse extranjero. Despojarme de mis seguridades, “ponerme en la piel” de tantos jóvenes que había conocido en Mataró.

Fue movido por este deseo como fui constatando mi gran pobreza de espíritu, al sentirme tan atado a mis falsas seguridades, a mis debilidades: “pero tú estás loco, sin conocer el idioma piensas ir a descubrir la realidad del mundo árabe?”; “y, por si fuera poco, tu inconsciencia aún llega hasta el punto de pedir trabajo –en un país de emigración!– para subvencionarte la estancia!”. Cuanto más se acercaba el día de la partida, iba creciendo en mi interior un cierto miedo que me producía inseguridad: “Quim, dónde te has metido!”.

Así pues, el diálogo comienza con un “ponerse en camino”, saliendo de la “casa” ya conocida, para conocer al que es diferente, dejándose afectar por él.

Una inesperada experiencia de apertura y gratuidad

Aunque el fenómeno de la inmigración fue la causa que me llevó a estas tierras, con el paso de los días, una nueva realidad se me presentaba de forma inesperada: la experiencia de sentirme miembro de una pequeña comunidad católica en el seno de una sociedad totalmente islamizada.

De esta experiencia de iglesia local, lo que más me sorprendió fue su pobreza de medios humanos y materiales, y la familiaridad en la acogida de los hermanos y hermanas protestantes y ortodoxos, con los que compartíamos la Eucaristía dominical. La comunidad católica de Constantine –unos 600.000 habitantes– no sobrepasaba las 25 personas. La antigua catedral católica había sido convertida en mezquita y, como contrapartida, la comunidad cristiana disponía de unos bajos donde se lavaba la ropa de un antiguo orfanato atendido por religiosas del “Buen Pastor”. Para mí, era especialmente significativo celebrar

la Eucaristía en una “catedral” de tan humildes cimientos, porque me recordaba la mezquita de la comunidad musulmana de Mataró, también ubicada en unos bajos muy humildes. Me sentía cercano a los inmigrantes musulmanes de nuestra tierra.

Durante mi estancia en Constantine he experimentado la sencillez de aquella pequeña comunidad eclesial. Su pobreza la situaba mucho más cerca de los pobres y la llevaba a un reconocimiento del otro que la hacía ser más solidaria, haciendo suyos los problemas de la gente de aquel país. Las raíces de aquella iglesia pobre y solidaria beben en su propia debilidad, -sin-poder-, y su condición de minoría. Meditando sobre el testimonio de esta pequeña comunidad, uno toma conciencia de que es en la propia pobreza y en la propia fragilidad donde nace un poder, misterioso pero extraordinario, de apertura, de hospitalidad, de compartir y acoger fraternalmente.

Creo que son estos los valores que empaparon la vida del antiguo obispo de Constantine, Jean Scotto, que murió el 8 de septiembre de 1993, poco antes de mi llegada. Su desaparición no sólo afectó de una forma especial a la comunidad católica de todo Argelia, sino que el Alto Comité del Estado se sumó con un comunicado publicado en toda la prensa. Entre otras palabras, decía: “La desaparición de Jean Scotto hace perder a Argelia uno de sus hijos, un hombre animado de una fe profunda, un hombre de diálogo y de paz, que ha consagrado su vida a combatir todos los ataques a la dignidad de los hombres de nuestro país”. A la celebración de la misa funeral asistió, en la catedral de Argel, el Jefe del Gobierno argelino.

Ciertamente, me sorprendió el respeto –lo cual no significa facilidades!– que había hacia la Iglesia Católica, y es a la luz del testimonio que ha dejado monseñor Scotto como muestran todo su sentido las palabras de un compañero jesuita al dar razón de su presencia en Argelia: “... nosotros no trabajamos para hacer prosélitos de nuestro grupo de pertenencia. Nosotros sentimos cada vez más que Cristo no es una causa a defender, sino una Pasión amorosa a vivir. Nuestro gozo es el de los servidores inútiles. La semilla se siembra, y brota y crece ella sola. Contemplativos en la acción, una acción que es participación en la misma Pasión de Dios en el corazón de este pueblo”. Esta actitud de apertura y desinterés es muy necesaria para un diálogo intercultural, y más aún para el diálogo interreligioso.

Trabajando en Mataró: el diálogo interreligioso en la vida

Con grandes pinceladas, querría expresar lo que he vivido en un barrio donde las culturas y religiones se encontraban en el *diálogo de la vida* cotidiana.

1ª pincelada: el escenario en que nos movemos

Si contemplamos el Planeta en esta entrada de milenio, ¿qué vemos? Seis mil millones de seres humanos: unos varones, otros mujeres; unos ricos, muchos más pobres; unos orientales, otros blancos, negros; unos en paz y otros en guerra; unos cristianos, otros musulmanes, hindúes, budistas, miembros de nuevos movimientos religiosos, creyentes de religiones indígenas, judíos, personas sin religión (16).

Esta descripción de una humanidad tan diversa, hoy se hace realidad en nuestra tierra con la llegada de los inmigrantes. Desde hace unos años, van llegando personas de procedencias muy diversas, con formas de ser, de hacer y de estar muy diferentes a las

nuestras. Hombres y mujeres de aspecto físico muy diferente: el color de la piel, la forma de vestir; hasta la lengua que hablan, la música que escuchan, las tiendas donde compran... Pero también muchos de ellos son hombres y mujeres que se dirigen a un mismo Dios, aunque con diferentes modos de orar y de celebrar.

Desde hace más de siete años he estado trabajando con inmigrantes musulmanes en un barrio de la periferia de Mataró. Muchos de ellos son profundamente creyentes y practican regularmente su religión. Otros sólo practican ciertas celebraciones del islam; forman parte de los que podríamos llamar “musulmanes sociológicos”.

En el barrio donde trabajo, *la convivencia entre autóctonos e inmigrantes recién llegados no es algo obvio*. El diálogo entre las diferentes culturas no se hace fácil en la vida cotidiana. Los prejuicios determinan mucho la manera de situarnos ante el “otro”. A estas dificultades no escapa el diálogo interreligioso. A no pocos sorprende que yo, jesuita y sacerdote, me dedique a trabajar con musulmanes. Quizás en nuestro subconsciente funciona aún una concepción más clásica de lo que entendemos por evangelización. Aportar al otro algo que no tiene y que nosotros sí poseemos: una fe, unas creencias.

Como creyente, siempre me ha sorprendido positivamente el testimonio de hermanos y hermanas musulmanes que viven con una fe profunda su experiencia de Dios. Su testimonio me ha ayudado a crecer en mi fe, y también a respetar profundamente el camino escogido por otros y que los acerca al mismo Dios.

Cada vez estoy más convencido, como mis compañeros de Argelia, que *Cristo no es tanto una causa a defender, como una pasión amorosa a vivir*. Uno de los marcos ideales para poner en práctica esta *pasión amorosa*, debiera ser el *diálogo de la vida*, donde las personas nos esforzamos por vivir en un espíritu de apertura y buena vecindad, compartiendo nuestras alegrías y penas. No olvidemos que todos somos peregrinos en el camino del encuentro con Dios. En este diálogo de la vida, las premisas de nuestras argumentaciones deberían formarse en el rellano de la escalera, haciendo cola en el mercado, o esperando a los hijos a la salida de la escuela. Estos deberían ser los espacios “sagrados” donde, día a día, se va construyendo la convivencia, el *vivir-con* los otros. Espacios donde, de la manera más informal, nos vayamos abriendo a la trascendencia, donde la diferencia va siendo vencida por la amistad.

Por tanto, lo que quiero decir no nace de estudios, ni de libros... nace de la vida de un barrio. Son palabras “amasadas” en relaciones humanas, compartiendo itinerarios de tantos hombres y mujeres que, en la alegría o las penas, me han abierto su corazón en una comunicación espiritual que no entiende de religiones o, mejor dicho, las supera para buscar aquello que hay de más auténtico en lo más profundo de cada ser humano.

2ª pincelada: del amor de Dios a la fraternidad humana

Todo nace de una Buena Noticia que habita en mí, que es amor gratuito; una noticia empapada de un Dios que es Amor, Misericordia, Perdón, es decir, *don*. Un Dios a causa del cual toda persona es habitada por una dignidad infinita, ante la cual Él mismo se inclina para que ella pueda llegar a su dignidad plena. Mi gran deseo es sentirme peregrino de la aventura de Dios, en el corazón de cada uno de estos hombres y mujeres que nos llegan desde la otra orilla del mar.

Mi alegría ha sido caminar un camino de humanidad con este “otro”. Intentar acercarme para conocer todo lo que él es: sus gozos, sus sufrimientos, sus miedos, sus convicciones,

sus esperanzas. El deseo de ayudar al otro a hacer su propio camino, desde lo que nace de él mismo, desde su movimiento interior. San Ignacio hablaba de “ayudar a las ánimas”. Este deseo se realiza en la cotidianidad de la vida: en las relaciones con el vecindario, en los diversos servicios sociales, en la relación pedagógica con los alumnos, en las celebraciones, en la ayuda en momentos de dificultad...

De un modo o de otro, me siento asociado a todo lo que configura la vida de estos hombres y mujeres que llegan a nuestra tierra, sobre todo en sus luchas por una mejora de sus vidas. Pero también para combatir en sus luchas interiores, para vencer sus egoísmos y ponerse al servicio de los que lo pasan peor. En el escenario de la vida cotidiana, desde nuestras conversaciones, hemos de hacer ver a unos y otros que no todas sus desgracias vienen únicamente de los “otros”; que a veces podemos caer en el peligro de condenar a los demás para justificarnos a nosotros mismos.

Creo que este camino de humanización es un verdadero camino de Salvación, de curación. Ayudar a curar las heridas, superar los miedos, reencontrar la confianza en uno mismo, llegar a una mayor generosidad, a abrirse a una mayor universalidad. Como Jesús y su diálogo con la samaritana (Jn 4,1-42); la curación de la hija de la mujer cananea o de la mujer sirofenicia (Mc 7,24-30); o la curación del criado del centurión (Lc 7,1-10). También nosotros deberíamos sentirnos llamados a ser testimonios y partícipes de esta tarea de Salvación, que también se convierte en curación para nosotros mismos, como lo fue para Jesús. Continuamente se dará un “ajustarse al otro”, un salir de la propia manera de ver las cosas para comprender mejor al otro. Ciertamente, esto constituye un verdadero camino de libertad.

3ª Pincelada: el encuentro humano como lugar de evangelización

Mi experiencia de “trabajar con” inmigrantes de diversas culturas africanas y de religión musulmana, me ha llevado a presentir la existencia de una invitación importante que se da en todo encuentro humano auténtico. Aunque no todo encuentro tiene la misma intensidad, sí que la mirada es la misma: descubrirse y reconocerse por lo que cada uno es. El hecho de acercarme al otro no debería darse por lo que pueda desear de este otro (“a ver si lo convierto”; “...si deja de llevar chilaba...”), sino solamente por el hecho de que él vaya siendo aquello a lo que es llamado, en tanto que persona única y singular.

Es cierto que mi trabajo en un ambiente musulmán, y desde esta manera de entender el encuentro humano, puede llevarme a no hablar mucho de Jesús. Pero quiero vivir esta realidad como un don, el regalo que cada uno hace de aquello que está viviendo, de aquello que cree, sin cálculos ni intenciones previas, deseando, simplemente, ser auténtico en la relación, vivir la gratuidad en la vida cotidiana, sin esperar nada a cambio. Desde esta realidad, creo que podemos vivir de una manera nueva la felicidad a que estamos llamados. Si crecemos juntos en humanidad, seguro que seremos cada vez más “católicos”, más “Quim” o más “musulmanes”, más “Hassan”.

Sin embargo, esto se hace lentamente, como todo proceso de crecimiento, paso a paso, día a día. El punto de partida son los acontecimientos de la vida cotidiana: “hoy estoy cansado...”, “estoy pasando un mal momento...”, “mañana nos vamos de vacaciones!...”. De este modo, me acerco a lo que Jesús debió experimentar por los caminos de Galilea: “venga... levántate!”; camina!; dame de beber; qué fe tan grande!; se está bien aquí; quiero comer en tu casa esta tarde...”.

En mi relación con los demás, desde lo que soy y lo que estoy llamado a ser, no deseo otra cosa que ellos lleguen a ser en profundidad lo que son y nosotros aún no conocemos. Vivir nuestros encuentros sin preocupaciones confesionales que bloqueen las relaciones y sean obstáculos a esta buena nueva. Todos los hombres y mujeres estamos hechos de la misma “pasta” y llamados a ser, los unos con los otros, hermanos y hermanas, fraternidad de Dios en la Tierra.

Este tipo de encuentro tiene su propio peso, su *gloria*. La mayoría de estos caminos no llevan a una fe explícita en Jesús. Sin embargo, en este “caminar con” se da como un *adviento*, una realidad que trasciende, que llega a unos y otros. No sabría cómo llamarla. A veces hablamos en términos de crecimiento humano, de nacimiento, de alumbramiento...

4ª Pincelada: el diálogo de la vida y el diálogo de las religiones

¿Somos realmente conscientes de la importancia de esta red de relaciones humanas? Con frecuencia, estas relaciones son tan simples y ordinarias, que uno no presta atención a lo que sucede a su alrededor. Esta actitud hace que en nuestros encuentros no pase nada esencial. Pero tras esta lectura de la realidad, se encuentra una *teología de la encarnación* que me lleva a creer, de verdad, en el abajamiento de un Dios que se encuentra en el interior de toda criatura. No está el hombre por un lado y lo divino por el otro, lo sagrado y lo profano... San Ignacio nos invita a “ver a Dios en todas las cosas”, a ser contemplativos en nuestra vida cotidiana.

Es necesario unir esfuerzos par ir creando plataformas de encuentro entre las diversas culturas y religiones. Desde el *diálogo de la vida*, el *diálogo de las obras*, el *diálogo espiritual* o el *diálogo teológico* (17), deberíamos inventar espacios donde vivir la empatía, ese sano ejercicio de ponernos “en la piel del otro”, de intentar ver el mundo con los ojos del otro, o si queréis, de adentrarnos en el sentido que la vida tiene para un hindú, un musulmán, un budista, un....

Juan Pablo II, en la encíclica *Redemptoris Missio* (1990), nos recordaba que “la presencia del Espíritu no afecta solamente a los individuos, sino a la sociedad y a la historia, a los pueblos, a las culturas, a las religiones”, y continuaba: “la realidad del Reino puede encontrarse *más allá* de los límites de la Iglesia, en la humanidad entera”. Muchos años antes, en la encíclica *Ecclesiam Suam* (1964), por primera vez, un documento oficial de la Iglesia hablaba de “diálogo”. Pablo VI iba más lejos aún cuando hablaba del “diálogo como una nueva manera de ser Iglesia”.

Hoy, estas palabras de Pablo VI siguen interpelándonos en el seno de la Iglesia, en el diálogo de la vida. Si hoy, aquel *poverello* de las calles de Asís se pasease por muchos de nuestros barrios, quizás nos diría:

«que donde haya miedo,
pongamos conocimiento
que donde haya prejuicios,
pongamos el beneficio de la duda
que donde haya rechazo,
pongamos acogida
que donde haya abandono,
pongamos denuncia

*que donde haya desesperación,
pongamos esperanza»*

Seguramente, este cambio de actitud no nos llevará a resolver todos los problemas, pero sí habremos avanzado en el difícil camino de la honestidad personal y colectiva. Dejar de pensar que somos “el ombligo del mundo”. Descentrándonos de nosotros mismos para ir abriendo nuevos espacios de participación ciudadana, desde las nuevas sensibilidades culturales y las nuevas pluralidades religiosas. Es así como iremos aprendiendo a sabernos esperar los unos a los otros, respetando tiempos y espacios, en el camino que nos ha de llevar a construir una sociedad más plural, más rica y, por tanto, más compleja. Solamente de este modo haremos posible el Reino de Dios, aquel Reino que Jesús nos anunció con su vida.

Apreciado lector, apreciada lectora, al acabar de leer estas páginas quizás pienses: “qué palabras más bonitas, pero la realidad, amigo...” Si eres creyente, desearía recordarte el caso de aquella gran amiga de Jesús. María Magdalena lloraba desesperada por la muerte de su amigo. No veía claro su futuro, todo se había perdido... hasta que oyó pronunciar su nombre: *María!* Aquel pequeño hecho cambió su vida.

¿No creéis que si en nuestros barrios dejásemos pronunciar nuestros nombres por Latifa o Hassan, o los suyos por Montse o Jordi, algo nuevo podría comenzar a producirse?

NOTAS

1. Este primer capítulo, recoge la ponencia dada por el autor en octubre del 2000, en el marco de la *International Population Concerns* que sobre el tema “Población y pobreza en el alba del s.XXI” tuvo lugar en Nueva Delhi (India). La versión original se encuentra publicada por el *Indian Social Institute* (New Delhi 2001), con el título *Effects of migration on family structure: a life story of a Moroccan immigrant to Spain*, pp.159-168.
2. Acuerdo que la mayoría de ministros de Interior de la Unión Europea firmaron en la ciudad de Schengen (Luxemburgo) en 1985. Con este acuerdo desaparecían las fronteras interiores de la Unión, creando el espacio común europeo y reforzando el control de las fronteras exteriores de la Unión, con la finalidad de controlar los flujos migratorios extracomunitarios.
3. Cf. L. RECOLONS, *La población inmigrante de origen extranjero y su impacto en las sociedades europeas*; Revista de Fomento Social, n.56 (2001), pp.679-694.
4. Se trata de la Ley Orgánica 8/2000 de 22 de diciembre sobre derechos y libertades de los extranjeros en España y su integración social., en vigor desde el 23 de enero del 2001; y el *Programa Global de Regulación y Coordinación de la Extranjería y la Inmigración en España*. Este Programa formula las políticas de integración social de los inmigrantes: de 50 páginas, sólo una y media hablan de la sensibilización de la población autóctona.
5. Los porcentajes son de elaboración propia, a partir de datos del *Departament d'Estadística de l'Ajuntament de Barcelona*, correspondientes a enero del 2002. Se trata de porcentajes aproximados, ya que en la fuente no se concreta el país de procedencia cuando hay menos de 100 residentes censados. De todos modos, la aproximación es suficientemente buena. Hay que tener en cuenta que en los barrios acomodados, la población inmigrante es básicamente femenina y dedicada al servicio doméstico: se trata, pues, de una población mucho menos “visible” que en otros sectores laborales. En cambio, en *Ciutat Vella*, la presencia de población extranjera es mucho más visible y pública: muchos de los comercios del barrio pertenecen a personas de origen inmigrante que están en fases muy avanzadas dentro del proceso migratorio (a muchos de ellos ya no deberíamos llamarles “inmigrantes”, puesto que hace ya muchos años que se han establecido en el país).
6. H.B. ENTZINGER, *La emergencia de la política de integración para los inmigrantes en Europa*, en VV.AA., *Italia, Europa e nuove immigrazioni*, Fund. Giovanni Agnelli, Torino 1990, pp.179-199. Hans B. Entzinger es profesor de estudios multiétnicos en la Universidad de Utrecht.
7. Fuentes: R. APARICIO, A. TORNOS, *La inmigración y la economía española*, Instituto de Migraciones y Servicios Sociales del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid 2000 , pg.59; y *El País*, 12/7/02, p.72.
8. Acerca de esto, es interesante el artículo Colectivo IOE (Walter Actis, Carlos Pereda, Miguel Angel de Prada), “Espanne, un nouveau pays d’immigration”; a la revista *Migrations Sociétés*, vol.11, n° 64-65 (1999); pag 72-79.
9. Acerca de este tema, es muy útil la obra de JOSÉ CARLOS BERMEJO, *Relación de ayuda*, San Pablo, Madrid 1996.
10. JOHANN B. METZ, *La compasión. Un programa universal del cristianismo en la época del pluralismo cultural y religioso*. Rev. Latinoamericana de Teología, n.55 (2002).
11. *El País*, 2 febrero 1998.
12. Punto 1.4, apartado IV del Programa.
13. Este capítulo es la ampliación y reelaboración de la ponencia *La espiritualidad del diálogo interreligioso*, organizado por la Asamblea de Provinciales de la *Unió de Religiosos de Catalunya*, en St. Cugat del Vallés (Barcelona), en marzo del 2001.
14. François d’Oncieu nos dejó hace ya algunos años, tras más de 40 años en Argelia, al servicio de los más necesitados. Mi reconocimiento y gratitud por el testimonio de vida que me dio.
15. Ignacio de Loyola, *Autobiografía*, n.35.
16. *Congregación General 34 de la Compañía de Jesús*. Decreto 5; “Nuestra misión y el diálogo interreligioso”, pg. 139.
17. Estos son los cuatro “diálogos” que propone la *Instrucción Diálogo y Anuncio*; en Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso y Congregación para la Evangelización de los Pueblos, *Boletín del Consejo Pontificio para el Diálogo entre las Religiones* 26 (1991).

© *Cristianisme i Justícia*, Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona
Telf: 93 317 23 38; Fax: 93 317 10 94; correu-e: espinal@redestb.es;
<http://www.fespinal.com>
octubre 2002